



UNIVERSIDAD  
**Finis Terrae**

UNIVERSIDAD FINIS TERRAE

FACULTAD DE ARTE

ESCUELA DE ARTES VISUALES

**ESPACIOS DE TRANSITORIEDAD: LA EXPERIENCIA DEL  
FLÂNEUR EN SANTIAGO DE CHILE**

MARCELA ANDREA DE LOURDES FARÍAS CARO

Ensayo crítico presentado a la Escuela de Artes Visuales de la Universidad Finis Terrae  
para optar al grado de Licenciada en Artes Visuales, Mención Pintura.

Profesor Guía Taller de Grado: Víctor Pávez Miranda

Profesor Guía Preparación de Tesis: José Tomás Fontecilla Palma

Santiago, Chile

2024

## **AGRADECIMIENTOS**

A mis gatos por estar junto a mi cada vez que pinto.

A Angelo que me dijo que mi obra le recordaba a los no lugares de Augé.

A Metro de Santiago por ofrecerme un espacio para desarrollar la contemplación a pesar de la monotonía.

## ÍNDICE

RESUMEN Y PALABRAS CLAVE .....	4
LA FIGURA DEL FLÂNEUR .....	9
LUGARES DE TRANSITORIEDAD Y ANONIMATO .....	15
DE LA OBSERVACIÓN A LA PINTURA.....	18
REFLEXIONES FINALES .....	22
BIBLIOGRAFÍA .....	24

## RESUMEN Y PALABRAS CLAVE

Este ensayo explora la relación entre la figura del flâneur contemporáneo y el entorno urbano de Santiago de Chile. A partir de mi propia experiencia como paseante y observadora de la ciudad, y en particular del Metro de Santiago, analizo cómo la globalización y la modernización acelerada han transformado el paisaje urbano y afectado la identidad de la ciudad.

En este contexto, la figura del flâneur se enfrenta a nuevos desafíos derivados de la homogeneización del espacio urbano y la proliferación de los “no lugares” que describe Augé. En la ciudad contemporánea, los espacios de tránsito y anonimato, como el Metro, generan nuevas dinámicas sociales que ponen en tensión la experiencia del paseante. A través de este análisis, busco explorar cómo estas transformaciones impactan la visualidad de la ciudad y cómo estas experiencias pueden ser representadas en mi práctica artística, particularmente en la pintura, para capturar las interacciones y patrones que emergen en los espacios de transitoriedad.

**PALABRAS CLAVE:** Santiago de Chile, no lugares, flâneur, sobremodernidad, ciudad contemporánea.

Nací en Santiago de Chile y he permanecido toda mi vida aquí. Los recorridos largos por la ciudad son mi experiencia favorita, desde que tengo memoria el transporte público siempre me llamó la atención. Mis primeros viajes en el Transantiago los realizaba junto a mi madre para ir a comprar al centro de la ciudad. Las navidades eran la excusa perfecta para viajar a comprar regalos y ver lugares nuevos. Siempre me ha gustado ver Santiago a través de la ventana, me gusta el conjunto visual que provoca, la cantidad de diversas experiencias. Cuando comencé a viajar sola por la ciudad me di cuenta de lo mucho que me gustaba ver el trayecto y a las personas, que es lo que sucede con cada uno y cómo se desenvuelven por la ciudad. Muchas veces me he escapado de mi destino original para ver nuevos lugares.

La ciudad contemporánea es un asunto de discusión desde el siglo pasado, cuando se empezó a escribir sobre la sobremodernidad en los grupos humanos y las urbanizaciones en general. La experiencia de la ciudad se repite en todo el globo, cada vez crecen más y convergen en los mismos problemas: marginalidad, homogeneización y la pérdida de cultura. Los puntos anteriores son de mi interés, sin embargo, las transformaciones que han tenido las ciudades gracias a la globalización y la modernización acelerada son más específicas. La estructura de la urbe se ha transformado en el centro de la eficiencia y el pragmatismo.

Santiago de Chile es una de las ciudades latinoamericanas con mayor crecimiento y transformación en los últimos años. Cada día se expande un poco más y se reforma el paisaje urbano, estas transformaciones se deben mayormente a modificaciones en la arquitectura y la ampliación de diferentes comunas. Un ejemplo de esto son nuevos proyectos inmobiliarios y el arribo de empresas grandes y nuevas, de forma paralela también existe una gran proliferación de rascacielos y departamentos. El Santiago actual se caracteriza por su dinamismo y densidad, el contraste entre sectores modernos y barrios tradicionales y las tensiones entre modernización e identidad urbana son evidentes. A raíz de ser una ciudad constantemente en crecimiento y transformación, Santiago se convierte muy lentamente en

una replica de otras grandes capitales. En este contexto de una ciudad que se transforma cada día, la experiencia de habitar y observar la urbe se ve profundamente trastocada.

En el presente ensayo quiero analizar la figura del flâneur en Santiago de Chile, desglosando la experiencia contemporánea del flâneur y las tensiones entre la modernización, la globalización y la identidad urbana. A través de esto, busco abordar la visualidad de los espacios de anonimato y transitoriedad.

En este contexto, me interesa partir por el análisis de la figura del paseante que aparece en los escritos de Baudelaire, donde habla de un observador apasionado, un hombre de la multitud y de mundo. Que se establece en los códigos del anonimato entre las multitudes y observa detalladamente los fragmentos de la ciudad. Si llevamos este personaje al siglo XXI debemos considerar las vicisitudes de la contemporaneidad. ¿Qué sucede si llevamos esta figura al Gran Santiago?

Busco explorar los fenómenos que ocurren dentro del Metro de Santiago desde la perspectiva del flâneur, analizando cómo se reflejan las interacciones sociales, la transitoriedad y el anonimato en los espacios de tránsito, y cómo estas experiencias pueden ser representadas en la pintura.

Para contextualizar la figura del flâneur, comenzaré describiendo la aparición literaria de este concepto, pasando por grandes autores como Charles Baudelaire, Honoré de Balzac, Edgar Allan Poe y Walter Benjamín. Distinguiré entre las características que entrega cada autor sobre esta figura y cómo se relacionan en la actualidad. Posteriormente, consideraré como estas ideas se han adaptado y reinterpretado en la actualidad, incluyendo representaciones contemporáneas, como las de la filmografía de Woody Allen, entre otros.

Los puntos de interés que me inquietan de las ciudades contemporáneas son los que surgen a partir de los lugares propios de la globalización. En 2008 Marc Auge publica su

libro *Los “No lugares”: espacios del anonimato*, donde habla sobre figuras de excesos que resultan en una sobremodernidad, estas transformaciones aceleradas son el tiempo, el espacio y el individualismo.

Las tres figuras del exceso con las que hemos tratado de caracterizar la situación sobremodernidad (la superabundancia de acontecimientos, la superabundancia espacial y la individualización de las referencias) permiten captar esta situación sin ignorar sus complejidades y contradicciones, pero sin convertirlas tampoco en el horizonte infranqueable de una modernidad perdida... (Augé, 2008, p.47).

Esta sobremodernidad de la que habla Augé, genera en las ciudades espacios de anonimato que le hacen contraparte a la definición de un lugar: “Si un lugar puede definirse como lugar de identidad, relacional e histórico, un espacio que no puede definirse ni como espacio de identidad ni como relacional ni como histórico, definirá un no lugar” (Augé, 2008, p.83).

Estos espacios se pueden relacionar a las reflexiones que hace Koolhaas en *La ciudad genérica* (2016) sobre la homogeneización de las ciudades donde describe que las ciudades genéricas comparten características comunes independientemente de su ubicación, y carecen de un sentido de historia, identidad o cultura local específica:

Es un lugar de sensaciones distendidas y débiles, pequeñas y lejos de las emociones, discretas y misteriosas como un gran espacio iluminado por una lámpara de mesita de noche. Comparada con la ciudad clásica, la Ciudad Genérica está sedada, usualmente apreciada desde una percepción sedentaria. (Koolhaas, 2006, p. 3).

Se puede extraer de las relaciones que hacen ambos autores que la ciudad genérica produce la aparición de “no lugares”, donde se puede llegar a desconfigurar la figura del flâneur moderno. La globalización y la modernización en Santiago de Chile han generado una ciudad cada vez más genérica y funcional, donde la experiencia del flâneur se ve comprometida por la pérdida de espacios relacionales y la proliferación de no-lugares, reflejando una tensión entre la identidad local y las tendencias globales. ¿Cómo se desenvuelve un flâneur contemporáneo en Santiago de Chile en el siglo XXI?

Desde la literatura latinoamericana, *Poéticas Urbanas* (2012) aparece como un imaginario de la ciudad, una reflexión en torno al habitar la urbe. El libro hace un recorrido por varios escritores que retratan a diferentes ciudades de Latinoamérica y finaliza el capítulo titulado: “*Los paisajes de una ciudad enmascarada: la representación literaria de Santiago en la novelística chilena reciente (1995-2010)*”, donde se puede ver Santiago a través de personajes y descripciones donde se revelan distintas caras de la ciudad y cómo la perciben cada uno, se menciona la memoria, el crimen y los diferentes acontecimientos que marcaron la estructura socioeconómica de la capital. Se habla de un Santiago fragmentado y segregado. Este texto ayuda dilucidar la realidad frente a una eminente homogeneización de la ciudad.

A partir de mi propia práctica artística, que se concentra en la ciudad de Santiago quiero analizar cómo la identidad de la ciudad se ve acomplexada por la homogeneización de las ciudades abordando desde la experiencia de un paseante observador, habitando estos lugares vacíos desde el anonimato abriéndose a la experiencia de lo que nos entrega ciudad. Investigar cómo funcionan estos lugares desde la visualidad, los patrones que se generan y llevarlos a la pintura.

## LA FIGURA DEL FLÂNEUR

Para llevar a un contexto actual la figura del flâneur, primero se necesita describir que significó en el siglo XIX cuando los autores comenzaron a escribir sobre esta figura. Baudelaire es el autor que más resuena en las descripciones de personajes bohemios que pasean por las ciudades, el mismo fue una persona que se desenvolvió mucho tiempo en el mundo de artistas. Sus escritos contienen mucho sobre la observación urbana, el deambular sin rumbo y matices de la vida moderna.

La vida moderna que representa Baudelaire se desprende de los cambios que se observaban en el París de la época, la proliferación de bulevares, plazas y lugares donde el ritmo de vida se comenzaba a acelerar. Un parisino se enfrentaba a una variedad de situaciones cotidianas fugaces. El paseante que describe Baudelaire es un agente dispuesto a todo, a una observación constante de su entorno y de las situaciones sociales, se comprende como un personaje anónimo dentro de las calles.

Para el perfecto paseante, para el observador apasionado, es un inmenso goce el elegir domicilio entre el número, en lo ondeante, en el movimiento, en lo fugitivo y lo infinito... El observador es un príncipe que disfruta en todas partes de su incógnito. (Baudelaire, 2008, p.8).

Charles Baudelaire popularizó esta figura con algunos de sus libros como *Las flores del mal* de 1857, donde a través de diversos poemas se reflejan diversas aristas del París de la época. Lleva a una escritura sensible diversos temas que para la época no era común ver en la poesía, o bien eran vistos de mal forma y hasta prohibidos como le sucede a Baudelaire con 6 de sus capítulos. A través de esta lectura, se vislumbran algunas descripciones de lo que sucede en la ciudad de París, desde interacciones con personas en la calle como los es el poema “A una que pasa” y en “El crepúsculo matutino” donde se refleja la mañana de la

ciudad junto con sus transeúntes: “La aurora aterida en traje rosa y verde avanzaba lentamente sobre el Sena desierto, y el sombrío París, frotándose los ojos, empuñaba sus herramientas, como un anciano laborioso” (Baudelaire, 1857, p.137).

En 1863 con *El pintor de la vida moderna*, Baudelaire nos describe la modernidad en conjunto con la obra del artista Constantin Guys, donde nos describe la belleza que se transmite a través de los croquis de Guys, trazos rápidos que se asientan con la rapidez de la vida cotidiana. Baudelaire lo describe como un hombre de mundo “ha sabido concentrar en sus dibujos el sabor amargo o embriagador del vino de la Vida.” (Baudelaire, 2008, p.33).

Antes de Baudelaire, Honoré de Balzac ya exploraba la vida urbana y a sus habitantes en varios de sus escritos de *La comedia humana*, proyecto literario que comprende más de 100 novelas, donde describe con detalle las dinámicas sociales de la sociedad parisina. A través de sus personajes, Balzac presenta una visión completa y crítica de París, mostrando cómo el espacio urbano refleja los conflictos sociales de la época. Edgar Allan Poe, quien fue una gran influencia para Baudelaire y un traductor de muchos de sus textos, en su libro *El hombre de la multitud*, introduce una visión más psicológica y oscura del flâneur. Su protagonista observa a un hombre que vaga por las calles de Londres, y en su deambular vemos la alienación y el misterio inherentes a la vida moderna. Posteriormente, Walter Benjamin retoma y amplía el concepto en su obra póstuma *El libro de los pasajes*, donde la figura del flâneur se convierte en un crítico de la modernidad y la economía de consumo, observando y cuestionando la mercantilización de la vida urbana. Cada uno de estos autores aporta una faceta única del flâneur y su relación con la ciudad, reflejando distintas perspectivas sobre la experiencia y los cambios urbanos.

Las diferentes facetas que entregan estos autores hacen contraste con lo que Baudelaire describía de un paseante, específicamente Walter Benjamín es quien hace la conexión entre el personaje y la crítica al capitalismo, interés que me parece pertinente para el desarrollo de mi trabajo y de las preguntas que surgen de un flâneur contemporáneo. De

aquí me surgen varias preguntas: ¿Qué sucede con un mundo donde los excesos lo inundan todo, un mundo donde el consumo se vuelve desmesurado? Ya no nos referimos a una ciudad que se vuelve más linda y eficiente cada día. ¿Qué sucede con el bullicio constante y el no parar nunca, que sucede cuando no se puede parar nunca?

Dentro de las disciplinas más contemporáneas, el cine es una de las artes que mejor capta la esencia de la vida en la ciudad moderna, en gran parte porque las imágenes que construyen nuestra percepción de las grandes ciudades fueron representadas primero en la pantalla. A través del cine, la ciudad se convierte en un reflejo de los deseos y contradicciones de la vida urbana.

El cine fue quizás el único medio capaz de retratar fielmente la sensación de estar por primera vez en una gran ciudad, salir de Grand Central Station o de la Gare de Lyon para encontrarse dentro de un espacio que generaciones anteriores ni siquiera pudieron imaginar. (Culagovski, R, 2005, p.1).

Así, el cine permite que el flâneur contemporáneo, quien observa desde la distancia, explore la ciudad de una manera intensamente visual y estética. Directores como Dziga Vertov y Woody Allen presentan la ciudad como un escenario de anonimato, alienación y belleza, donde el espectador recorre las calles como un flâneur, capturando el bullicio y la velocidad sin estar directamente involucrado. En la filmografía se representa de mejor manera lo que escribieron los autores anteriores, tanto un paseante excluido de participar en lo que la ciudad le ofrece y solo se recluye a observado, y también un paseante crítico de su entorno.

El paseante de Baudelaire siempre fue bohemio, siempre fue de vagar en búsqueda de nuevos acontecimientos y acorde a la moda. ¿Qué sucede con un paseante dentro de un

siglo lleno de digitalización y rascacielos? La condición económica se adhería en tiempos pasados indudablemente a una situación burguesa. La figura de un hombre con las comodidades suficientes para pasear por una ciudad durante horas cada día, dedicarse a deambular desde el aburrimiento o una búsqueda de más.

En el siglo XXI, el paseante ya no se enfrenta solo a los estímulos físicos de la ciudad. Ahora, la tecnología ha incorporado una capa digital a la experiencia urbana, permitiendo al flâneur posmoderno moverse de manera más eficiente, pero a la vez perdiendo algo del azar y la sorpresa que definían al observador de Baudelaire. La ciudad se ha vuelto más accesible, pero también más predecible. La masificación de las cosas, el enterarse de todo en el momento nos lleva a la necesidad de que todo sea inmediato, somos observadores hambrientos de cosas y de nada a la vez.

La ciudad como espacio cambiante, nos lleva a las nuevas tendencias en arquitectura e inmediatez. El crecimiento de edificios y menos conservación de los espacios, Santiago se funde de a poco en las necesidades de crear miniciudades y en construir cada espacio vacío. Ahora el flâneur, cuya esencia estaba en descubrir lo nuevo e inesperado en las calles de la ciudad, ahora se enfrenta a la homogeneización del espacio urbano. Donde los grandes centros comerciales y rascacielos ofrecen una experiencia urbana repetitiva, limitando la sorpresa y la diversidad cultural que el flâneur busca en su recorrido.

Baudelaire en su poema “el cisne”, incluido por primera vez en el libro *Las flores del mal* habla de cómo la transformación de París le trae cierta melancolía y sentimiento de exilio, habla de un París en transformación que lo lleva a una lejanía a la belleza que él encontraba en sus calles. “¡París cambia! ¡pero, nada en mi melancolía se ha movido! palacios nuevos, andamiajes, bloques, viejos arrabales, todo para mí vuélvese alegoría, Y mis caros recuerdos son más pesados que rocas.” (Baudelaire, 1857, p.129)

El cisne de Baudelaire representa la figura de alguien desorientado y fuera de lugar en una ciudad cambiante, que de alguna manera anticipa lo que Marc Augé describe como los no lugares y lo que Koolhaas reflexiona sobre la homogeneización. Estos espacios de transitoriedad proliferan en las ciudades modernas donde la velocidad y la funcionalidad prevalecen por sobre la memoria y el sentido de pertenencia. El cisne, atrapado en un entorno que ya no reconoce, representa la desconexión que Baudelaire sintió frente a las reformas de Haussmann durante el París de 1850.

Esta añoranza que presenta Baudelaire se representa de igual forma en los escritores chilenos actuales, donde en la mayoría de sus relatos y análisis, se representa un Santiago cada vez más arraigado a una necesidad de cambio sujeta a lo que fue la llegada del neoliberalismo a Chile. En *poéticas urbanas* se muestra el disgusto hacia la transformación del entorno, “Un Santiago alojado en los recuerdos idealizantes de cada ciudadano” (Santos y Henríquez, 2012, p. 488).

A raíz de este disgusto me vuelve a la memoria mi casa de la infancia, un hogar que tuve que dejar por las inmobiliarias. Recuerdo como veía pasar las excavadoras, corría hacia la reja de mi casa para ver como pasaban esas máquinas gigantes de color amarillo, las encontraba muy divertidas y atractivas. Se escucharon rebotar en las paredes los sonidos de escombros y maquinarias por varios años, nos tocaron la puerta en muchas ocasiones ofreciéndonos diferentes montos para comprar el terreno. Vi cómo se iban de a poco mis vecinos hasta que quedamos 3 casas en esa calle. En 2015 mi casa fue demolida y hoy es parte del terreno de las oficinas de Seguros Generales de BCI. En Santiago cada vez aparecen más edificios y el paisaje se transforma, la imagen de las postales lleva la cordillera, el Costanera Center y una captura no muy realista de la contaminación atmosférica.

Esta experiencia de ver como mi barrio y mi primer hogar poco a poco se transformaban en un espacio despersonalizado y comercial refleja las transformaciones de la ciudad. Así como mi casa fue remplazada por oficinas, la ciudad de Santiago se ve cada vez

más llena de espacios carentes de identidad y muy parecido uno de otros. Estos espacios son producto de la modernización que afecta el paisaje de la ciudad.

## LUGARES DE TRANSITORIEDAD Y ANONIMATO

En la ciudad contemporánea, los espacios de transitoriedad y anonimato son piezas fundamentales que reflejan las transformaciones sociales y urbanas que se sostienen gracias a la globalización y la modernización. Estos lugares donde las interacciones sociales tienden a ser breves y despersonalizadas han sido conceptualizados por Marc Augé como “no lugares”, espacios carentes de identidad, historia o relaciones personales. Estos espacios se manifiestan por toda la capital, un no lugar que recorre toda la ciudad sería el Metro de Santiago.

Hay algo que hace que el Metro de Santiago desentone frente a la definición de Augé. Las líneas más antiguas contienen una fuerte carga histórica relacionada a su ubicación y a la historia de la ciudad. Las primeras estaciones fueron construidas bajo el gobierno de Eduardo Frei Montalva y posteriormente inaugurada en dictadura, este primer recorrido comprendía desde San Pablo hasta La Moneda. La cualidad de estas estaciones son la variedad de colores que se utilizan, los azulejos, los asientos y que por ahí todavía pasa el vagón más antiguo. Se están por cumplir 50 años desde la llegada del metro a Chile y la línea 1 sigue permaneciendo con la gran mayoría de su identidad, en comparación a las líneas nuevas como la 3 y 6 que se concentran únicamente en lo funcional y no en lo estético, muchas de sus estaciones tienen el material al descubierto obteniendo que el color gris y blanco sean los que más predominan.

A pesar de esto, el Metro de Santiago conserva una identidad única y reconocible, todos sabemos cómo luce y se distingue de otros medios de transporte en el mundo. Augé (2008) sobre los no lugares también define que “son palimpsestos donde se reescribe sin cesar el juego intrincado de la identidad y de la relación”. La versatilidad de la definición nos ofrece una visión múltiple sobre estos espacios, considerándolos siempre como transitorios, pero a veces conservan o generan una historia y una identidad. Al fin y al cabo, son lugares relacionales pero al paso.

Augé en *Los no lugares* (2008), define estos espacios como aquellos que no fomentan las relaciones personales, la identidad o la memoria histórica. Estos lugares son el resultado de la sobremodernidad, marcada por el exceso de tiempo, espacio y eventos que componen la experiencia humana en la ciudad. La homogeneización de las ciudades ha generado una pérdida de lo que consideramos como una identidad local, lo que nos hace percibir que una ciudad es única, tanto por sus barrios, sus calles, su cultura y su estética. Cada día en Santiago se renuevan espacios y se crean nuevos edificios para reemplazar los espacios históricos o comunitarios.

Koolhaas en *La ciudad genérica* (2006), describe como las ciudades globalizadas pierden su carácter único, convirtiéndose en espacios funcionales y homogéneos, donde la arquitectura y los paisajes urbanos se repiten. El paseante, que originalmente deambulaba por los bulevares únicos de París, ahora se encuentra en un entorno donde las ciudades son intercambiables. Estos espacios, aunque uniformes, ofrecen al flâneur contemporáneo la posibilidad de observar la vida urbana desde una nueva perspectiva, captando los contrastes entre la homogeneización y las tensiones locales. Existen nuevos desafíos gracias a la prisa que se vive en esta ciudad.

En *Elogio del caminar* (2000), David Le Breton describe el acto de caminar como una forma de reconectar con el entorno y escapar de la aceleración y la alienación de la vida urbana. Para el flâneur, caminar no es solo una actividad física, sino un ejercicio de reflexión y observación. A través del caminar, se recupera el control sobre el entorno, incluso en espacios de transitoriedad y anonimato. El caminar permite enfrentar la homogeneización y reconfigurar la relación con la ciudad.

En Santiago de Chile al igual que muchas ciudades modernas, caminar ha dejado de ser una actividad recurrente o significativa dentro de la vida urbana, se ha colocado en un segundo plano y cada día parece ser menos necesaria por las grandes distancias que se deben recorrer y los nuevos medios de transporte que se le ofrece a los habitantes. A su vez, la

ciudad se ha adaptado para ser más eficiente frente a la cantidad de autos que la circulan, poniendo énfasis en la creación de nuevas carreteras y apartando la necesidad de caminar. El ejercicio de caminar se vuelve un medio funcional como lo es la conexión de un transporte a otro. En varias partes de la ciudad se puede ver como los espacios peatonales se ven reducidos por la infraestructura vial y las largas distancias nos obligan a depender del transporte.

En una ciudad tan extensa y densa, el transporte se convierte en una herramienta estrictamente necesaria. Nos facilita la vida a todos al conectar diversas zonas de la ciudad de forma rápida y eficiente. Sin embargo, esta dependencia de los medios de transporte también afecta a la experiencia de la ciudad y limita el acto de caminar. Le Breton y Koolhaas, convergen en una misma idea, la modernización y la expansión han afectado la abstracción, la ciudad se convierte en una serie de destinos y puntos de paso en lugar de un entorno para ser vivido y observado.

## DE LA OBSERVACIÓN A LA PINTURA

Mi obra se centra en esos pequeños espacios entre los trayectos diarios por el metro, donde mi mirada se detiene en la estructura del tren, en la gente que me rodea y en cómo el tiempo pasa. Le Breton (2000) sobre los tiempos en la ciudad nos menciona: “La prisa se impone para evitar llegar tarde al trabajo y no deja mucho tiempo al paseo de la mirada”. (p.83). La prisa que se impone en mi caminar lo llevo a la necesidad de buscar contemplación durante mis trayectos, a querer caminar por los vagones cuando solo debería quedarme inmóvil esperando mi parada.

A partir de aquello, he encontrado registros de la huella de la gente en la infraestructura del metro y de las micros. Hay desgastes y manchas en paredes y asientos donde se ve el pasar del tiempo. La huella del tiempo se hace visible en estos espacios de transitoriedad, no solo a través de los rastros físicos dejados por los pasajeros, sino también en la fugacidad de las interacciones humanas. Los desgastes en las superficies de los vagones y micros son testigos del paso constante de personas anónimas, que se desplazan rápidamente por la ciudad sin dejar marcas visibles en la memoria colectiva. Para mí, esos detalles efímeros son fundamentales en la creación de mi obra. Como observadora, encuentro en estos elementos cotidianos una belleza oculta que rara vez es reconocida en el ajetreo de la vida contemporánea.

Mi proceso creativo se basa en capturar esos fragmentos de lo que parece insignificante: las marcas de uso en las paredes, las manchas y siluetas de suciedad, las manchas que se acumulan en los asientos. Estos signos materiales son representaciones del paso del tiempo y, al mismo tiempo, reflejan el anonimato y la transitoriedad de las vidas que interactúan momentáneamente con esos espacios. Como artista, me interesa reinterpretar estas huellas a través de la pintura, no solo como un registro visual, sino también como una forma de explorar la relación entre los cuerpos en movimiento y el entorno que los rodea.

En este sentido, la pintura se convierte en un medio para ralentizar el ritmo acelerado de la ciudad contemporánea. Mientras los pasajeros del metro se mueven rápidamente entre estaciones, mi trabajo busca congelar esos momentos fugaces y darles un valor contemplativo. A través de la observación detenida y la representación artística, intento reconstruir el trayecto urbano desde una perspectiva que invita a la reflexión y a la apreciación de los detalles invisibles que conforman la experiencia de la ciudad.

De manera similar a lo que propone Le Breton, caminar por los espacios de la ciudad, incluso los que parecen diseñados para el tránsito rápido, ofrece una oportunidad para observar cómo las dinámicas urbanas dejan rastros en la infraestructura. Mi interés radica en capturar estas huellas como símbolos de las tensiones entre el anonimato y la identidad, entre la permanencia y la transitoriedad. Estos contrastes son fundamentales para entender cómo los habitantes de una ciudad globalizada, como Santiago, experimentan su entorno y cómo las ciudades moldean la vida cotidiana.

Además, mi trabajo busca reflejar las experiencias sensoriales que acompañan a estos espacios. El sonido metálico de los trenes, el murmullo incesante de las conversaciones, el reflejo de las luces fluorescentes en las superficies desgastadas: todo forma parte de una atmósfera que contribuye a la percepción del espacio urbano. En mis pinturas, trato de recrear esta atmósfera utilizando colores apagados y grisáceos, texturas que evocan la fricción entre el tiempo y el espacio, creando una sensación de inmovilidad dentro del movimiento constante.

Por último, mi obra se convierte en una reflexión sobre la relación entre la ciudad y sus habitantes. A través de la pintura, planteo preguntas sobre cómo interactuamos con estos "no lugares", cómo nos afectan psicológicamente y cómo nuestra propia identidad se diluye o se refuerza en el anonimato de la multitud. La pintura, en este contexto, se transforma en una herramienta para dar sentido y visibilidad a esos espacios que parecen fugaces y vacíos, pero que están cargados de historias invisibles.

Existe en mí una necesidad fundamental por caminar, por interactuar con la ciudad y sus espacios de una manera que haga estos lugares más amenos, más habitables. En lugar de simplemente cruzar la ciudad de un punto a otro, busco también en el Metro lo que este espacio limitado y aparentemente monótono tiene para ofrecer: una diversidad vibrante de personas, con sus historias, sus orígenes y sus destinos, que se cruzan de manera momentánea en este espacio compartido.

El Metro de Santiago, más que ser un simple medio de transporte, se convierte en un microcosmos de la ciudad misma, donde convergen personas de diversos estratos sociales, trayendo consigo una riqueza de personalidades y vivencias. En este espacio contenido, las distancias físicas se acortan, y lo que a simple vista parece un entorno gris y monótono, revela una compleja visualidad que surge desde lo cotidiano. El metro me ofrece una mirada desde la contención, donde las interacciones breves y silenciosas entre los pasajeros generan una especie de dinámica urbana, sutil y constante.

Mi intención es transformar esa monotonía visual del gris del concreto y los tonos apagados de la infraestructura en algo bello, en algo digno de contemplación. A través de la pintura, quiero dar visibilidad a aquello que normalmente ignoramos: la textura desgastada de los vagones, los pequeños detalles en las paredes, el juego de luces y sombras que se despliega en cada estación. Estos espacios de transitoriedad se perciben como repetitivos y tediosos, pero contienen una riqueza visual que, si se observa con detenimiento, revela patrones y matices inesperados.

Mi obra busca capturar esa belleza oculta, devolviéndole al espacio su capacidad de ser apreciado. Así, el flâneur no solo recorre la ciudad para observar, sino que también interviene en su interpretación visual, otorgándole un nuevo sentido estético a lo que tradicionalmente se considera rutinario o carente de interés. El desafío está en encontrar la belleza en lo aparentemente uniforme, en esos momentos de espera y tránsito donde, bajo la

superficie, existe una diversidad humana y visual que merece ser observada, valorada y representada.

## REFLEXIONES FINALES

El paseante moderno encontraba en el caminar una manera de conectarse con la ciudad y de encontrar belleza en sus acontecimientos. El paseante contemporáneo debe adaptarse a una ciudad acelerada y amplificadas en todos sus ámbitos, una ciudad donde el tiempo es preciado, donde no hay que perder ni un segundo. Los espacios de la ciudad, saturados de estímulos, velocidad y anonimato. Hay que buscar formas alternativas para observar y explorar una ciudad tan rápida y desconectada como en la que vivimos.

La sobremodernidad ha transformado los espacios públicos en lugares de paso, donde no hay necesidad de detenerse. Un no lugar como el metro, muestra que existen capas de historia y tiempo en su infraestructura, tiempo que la gente construye a su paso, huellas que demuestran nuestra mayor característica antropológica, nuestra capacidad de dejar rastros donde sea que estemos. En estos espacios donde nadie habita, me gusta ver cómo se reflejan las huellas de la identidad de Santiago y de la vida cotidiana de nosotros.

Ante la imposibilidad de caminar sin rumbo en una ciudad que exige rapidez, encuentro en la pintura una forma de detener el tiempo y observar en profundidad. La pintura permite transformar los detalles del tiempo en un registro atmosférico que incluya los elementos que se van en la vista, que no logro ver si es que veo mi celular cada vez que camino. Busco mostrar la visualidad que traen los espacios de tránsito y llevar este microcosmos de la vida urbana a la contemplación, en mis pinturas se visualiza finalmente espacios de Santiago donde vivimos y transitamos constantemente, que a pesar de la homogeneización de una ciudad en constante desarrollo contiene una memoria visual.

El flâneur contemporáneo es un adaptador, un explorador que encuentra nuevas maneras de relacionarse con una ciudad acelerada y homogénea. La sobremodernidad, lejos de eliminar su curiosidad, ha dado lugar a nuevas formas de observación y registro, donde la contemplación sigue siendo posible, aunque sea transformada. Mi obra se convierte así en

una expresión de esta adaptabilidad, un testimonio visual de los espacios de tránsito que desafían la identidad urbana, y una invitación a redescubrir la belleza en lo que parece fugaz y sin rostro. “Se trata, para él, de separar de la moda lo que puede contener de poético en lo histórico, de extraer lo eterno de lo transitorio.” (Baudelaire, 2008, p. 10).

## BIBLIOGRAFÍA

- Augé, M. (2008). *Los no lugares*. Editorial Gedisa.
- Baudelaire, C. (1857). *Las flores del mal*. Fundación Carlos Slim.  
(2008). *El pintor de la vida moderna*. Langre.
- Benjamin, W. (2005). *Libro de los pasajes*. Ediciones Akal.
- Culagovski, R. (2005). *El cine como recreador de ciudades*. laFuga.  
<https://www.lafuga.cl/el-cine-como-recreador-de-ciudades/226>
- García, D. C. (2012). *El flâneur y la flaneuse en la historia de la pintura, el cine, la fotografía y la ilustración*. Revista de Filología y Lingüística de la Universidad de Costa Rica, 38(1), 9-34. bvg bvg 55
- Koolhaas, R., & Avia, J. S. (2006). *La ciudad genérica* (pp. 6-6). Barcelona: Gustavo Gili.
- Le Breton. (2000). *Elogio del caminar*. Titivillus.
- Prieto González, J. M. (2012). *Poéticas urbanas. Representaciones de la ciudad en la literatura*. Universidad Autónoma de Nuevo León.
- Poe, E. (2006). *El hombre de la multitud*. Editorial del cardo.
- Silva-Santisteban, R. (2004). *Evocación y clamor en un poema de Charles Baudelaire (lectura de Le cygne)*. Lexis, 28(1-2), 571-579.